

"El Correspondant de Paris"

(hoja autógrafa semanal para el servicio de la prensa hispano-americana)

Redacción y Admón: 37 rue Mameuge
Paris.

Año II. - Núm.: 82.

Paris 1.º de Diciembre 1889.

Sumario. Ojeada a la situación: El statu quo en la Cámara. Siguen las invalidaciones. El acta del diputado Joffrin y la prensa boulangista. — Extranjero: La República del Brasil; pronósticos aventurados. — Miscelánea: La telefonía submarina; América adelantándose a Europa. Ecos de la Exposición: Una Comisión de Chicago, la torre Eiffel en huelga; las últimas entradas. Una "boutade" del Figaro.

Como esta semana resulta para nosotros más corta en razón al considerable retraso que, por causas ajenas a nuestra voluntad, sufrió nuestra anterior crónica, natural es que el número de novedades que conseguimos en la presente sea proporcionalmente más reducido. Nuestros lectores no han de perder nada en ello, pues si las noticias son menores en cantidad en la crónica de esta semana, en cambio el interés que ellas encierran es, quizá, mucho mayor, y como dicen en nuestra tierra de España, váyase lo uno por lo otro.

En el terreno político interior, hay, ciertamente poco que espiar, pues la Cámara, que es la que debería en todo caso proporcionarnos los datos necesarios para entendernos en este punto, apenas da señales de vida, y, como es natural, nosotros no podemos ni debemos (ni sabríamos, por otra parte) inventar o suponer lo que no ha ocurrido en el sagrado recinto donde se forjan las leyes. El statu quo más desesperante reina en estos momentos en el Palacio Borbón, y a esto es sin duda debido que la prensa venga estos días tan sosa y tan falta de interés para cuando tenemos la ingrata misión — ingrata por lo inusual en ciertas ocasiones como la presente — de ir recogiendo, a guisa de fotógrafos ambulantes, lo que a nuestro alrededor se pasa de importante en la escena política,

para repetirlo más tarde en forma de carta o de hoja de papel impresa a los que, agudamente como allende los mares, han contraído ya el hábito de nutrir su insaciable curiosidad con nuestros peor o mejor ilustrados escritos.

Y no es que la Cámara, por ejemplo, no trabaje; por el contrario, los diputados hacen rudísima tarea y están dando pruebas de una aplicación a macha martillo, lo cual no sucedía ciertamente con los diputados que componían el anterior Parlamento. Lo que hay es que como la otra Cámara no tenía acostumbrados a espectáculo por día, hoy nos creemos víctimas de un engaño al ver que el espectáculo no viene, a pesar de cuanto venían anunciando estos días por corros y pasillos los turbulentos boulangistas, y nos parece que los diputados nada hacen de provecho no enseñándose, como sus precesores, continuamente los punos, y casi, casi, estamos tentados de decir a los porteros, al salir del arco pago parlamentario, que habiéndose nos dado gato por liebre nos sean devueltos los cuartos.

Pero, chanza aparte, digamos que la Cámara está dando en estos momentos prueba de mucha energía, de profundo buen sentido y, sobre todo, de una imparcialidad a toda prueba. Nos referimos a la cuestión tan traída y llevada de las invalidaciones de actas graves o simplemente sospechosas. Dónde quiera que la Cámara ha visto un arma de mala ley, lo que llamamos en España un chanchullo electoral, en manos de un diputado para obtener su elección en perjuicio de su adversario, allí se ha fijado la atención de las comisiones, y han llovido invalidaciones donde nadie se lo figuraba, sin tener en cuenta para nada ni la importancia personal del candidato electo ni su procedencia política. Así es como han quedado anuladas las actas de varios boulangistas y conservadores; y así es también como la espada justiciera ha cortado a cercén las ilusiones de algunos diputados electos del partido republicano, que no habían reparado en medios para hacerse elegir, aunque prescindiendo de todo decoro, creyendo sin duda que por espíritu de compadregado o de familia habrían de serles pasados en olvido sus infundios en desdoro de la verdad y de la justicia y en desprestigio de la misma República.

Un acta queda todavía por resolver, y ésta es precisamente la que promete dar más juego á la Cámara. Nos referimos al acta de Mr. Joffrin, contrincante del general Boulanger en el distrito de Clignancourt (Montmartre), quien, á pesar de haber obtenido menos votos que el general, fué proclamado diputado por la Comisión del censo en razón á la inequidad á que se hallaba condenado su concurrente por haber perdido todos sus derechos civiles á consecuencia de su estado manifiesto de rebeldía. Sobre este asunto, las opiniones en el partido republicano se hallan muy divididas. La mayoría, en verdad, opina que Mr. Joffrin debe ser proclamado tal diputado; otros muchos, sin embargo - y entre la respetable minoría figuran personajes tan importantes como los señores Clemenceau y Pelletan - entienden que deben anularse pura y simplemente las elecciones del referido distrito, lo cual es lo mismo que decir al gobierno que la prueba electoral debe reanudarse, en cuyo caso sería cuestión de repetir lo de la tela de Penélope puesto que, presentándose cada vez el general y teniendo en cada nueva elección mayoría de votos, la cosa se haría pesada é interminable, dándose con ello un pobre espectáculo al país, cansado ya de todos los excesos que ha traído consigo el parlamentarismo en estos últimos años.

La Comisión encargada de dictaminar en este asunto lo ha hecho ya proponiendo la validación del acta referida. En cuanto la prensa boulangista lo ha burlado, ahí es un grano de arroz el batiborrillo que ha levantado en previsión de que la Cámara acepte el dictamen. Como siempre, el periódico de Mr. Rochefort, El Futransigente, es el que más se distingue en sus diatribas é insultos contra la Comisión que propone la admisión del electo Joffrin en la Cámara. Los rasgos geniales y característicos de su pluma insolente, más que nunca, son demasiado conocidos de todo el mundo para que no nos creamos dispensados de repetir aquí algo de lo mucho y repugnante que Rochefort dice en sus últimos artículos refiriéndose á este asunto. En un artículo de ayer decía que Joffrin podrá sentarse en la Cámara; pero que afortunadamente sus días estaban contados, y lo que no habrían querido hacer los diputados en un momento de servilismo se encargará de llevarlo á cabo la sabia naturaleza quitando á ese feo personaje del mundo de los vivientes y obligando de este modo á la Cámara á

renovar una prueba electoral cuyos resultados le han si-
do y de serán siempre contrarios. M. Joffrin está, en efec-
to, atacado de una enfermedad que los médicos califican
de incurable. Dejamos, pues, a nuestros lectores el cui-
dado de apreciar y comentar como merecen los di-
chos de ese foliculario incorregible que un día fue el
héroe y el ídolo de los republicanos franceses, y que hoy
se revuelca en el fango del desprecio y de la maledicencia
por el solo placer de vengarse de los que labraron
su impopularidad y precipitaron su última caída.

+ + +

Digamos algo de la naciente República del Bra-
sil, con la que no hemos de ocultar que simpatizamos por
más de un concepto.

Los últimos telegramas dicen que las cosas se han
normalizado casi completamente, y que el país entero,
a despecho de estos fazedores de noticias que días atrás de-
claraban urbi et orbi todo lo contrario, ha recibido con
júbilo la proclamación del nuevo estado de cosas, el cual,
según ahora resulta, venía ya imponiéndose de largo
fecha, habiendo sido su primera manifestación, por
ya probado de imponer a la princesa Isabel, regente del
Imperio, el decreto de abolición de la esclavitud dado el
año anterior por la heredera del trono, sobre el cual tanto
incienso inmerecido se había prodigado a la hija del
emperador Don Pedro (hoy simplemente Don Pedro
de Alcántara). La luz se ha hecho ya acerca de este asun-
to y todo el mundo sabe a la hora presente que, si
la princesa cedió en aquella cuestión importante, fue tan
solo para ver si, tomando una actitud conciliadora, aunque
hija del miedo, podía poner un remiendo eficaz a las in-
stituciones que se tambaleaban. Cierta, muy cierta: Don Pe-
dro y Doña Isabel han abolido la esclavitud en el Brasil;
pero todos sabemos también como y porque Luis XVI y
María Antonieta abolicieron en Francia, hace de ello ya
un siglo, los derechos del feudalismo.

La gente agorera de por acá - que no se diferencia
en nada de sus congéneres de los demás países - aventura ya
pronósticos y más pronósticos acerca del porvenir más o menos
estable de la nueva República, y también acerca de la
consecuencia que su constitución podría reportar, en
plazo más o menos corto, a otros países, similares de la
raza latina. Se habla mucho de la actitud adoptada por

los republicanos avanzados de la península ibérica; particularmente de los que dirigen en Portugal, nación hermana del Brasil, el movimiento del partido democrático. Periódicos tan serenos y tan monárquicos como el Figaro, no ocultan en este punto sus pesimistas impresiones y, sin ningún escrúpulo de conciencia... realista, publican artículos como el que día atrás firmaba Julio Demaitre diciendo sin ambages que hay ciertas cosas que se derrumban y que ^{si} en España, por ejemplo, se sostenía la monarquía (dejamos al autor la responsabilidad de sus palabras) era menos por convicción y sentimiento monárquico que por espíritu puramente caballeresco y en gracia a la situación que ocupan una egregia dama y una criatura trisfana e irresponsable.

En este concepto, pues, no es extraño que muchos políticos sigan desde aquí con afán el movimiento que afectan los partidos todos en España de algunos días a esta parte. ¿Quié salvación tendrá la crisis? ¿El salvará la situación en sentido liberal? ¿Volverán al poder los conservadores? ¿Triunfarán los de la Conjura? — ¿Aun esas cosas nuestros lectores digan quizá para sus adentros: ¿quién tiene que ver todo esto con la República del Brasil? séanos permitido contestar sencillamente, también para nuestro capote: ¿Quién sabe!

+ +

No es en política solo, por lo visto, que los americanos se nos adelantan a nosotros europeos. En este momento acabamos de leer en un periódico de esta capital un telegrama dando la importante noticia de haber sido definitivamente abierto al público el servicio telefónico entre las ciudades de Buenos Aires y Montevideo, separadas como se sabe, por la anchísima desembocadura del río de la Plata. Lo que los sabios de la vieja y presuntuosa Europa no habían podido resolver todavía, la comunicación telefónica por cable submarino, lo han resuelto con la mayor facilidad del mundo los modestos industriales del sud América. ¿Qué lección para los sabios de París y Londres, que a estas fechas andan buscando todavía la cuadratura del círculo, como si dijéramos, para venir a un acuerdo acerca de la tan ansiada como necesaria comunicación telefónica entre las dos ciudades más populosas e ilustres del mundo!

+ +

Como ecos extraviado, de la última Exposición, algu-

